

Nuestra lengua, nuestra identidad: notas para un debate

Abelardo San Martín Núñez

Preámbulo

¿Quiénes somos? ¿A qué pertenecemos? ¿Lo que somos y a lo que pertenecemos permanece constante o cambia con el tiempo? Estas son preguntas vitales para cualquier persona, sobre todo, en cuanto integrante de una comunidad, que aluden a la configuración de aquello que llamamos “nuestra identidad”. El concepto de identidad ha estado en el centro del análisis cultural desde hace bastante tiempo, por lo tanto, ha sido de gran interés para distintas disciplinas en el ámbito de las ciencias sociales, las humanidades y las artes. Florian Coulmas, connotado sociolingüista alemán, en su libro publicado en 2019, *Identity: A Very Short Introduction*, nos entrega una visión sumaria, aunque exhaustiva del concepto de identidad y sus múltiples dimensiones¹. Según Coulmas, en la actualidad, experimentamos una verdadera “obsesión” con el estudio de la identidad que se evidencia de múltiples formas, entre las que destacan las publicaciones que se aproximan a este concepto. Sus datos son elocuentes: desde la década de 1950 hasta la de 2010, el número de libros publicados en inglés que incluyen el término *identity* en sus respectivos títulos ha crecido de manera exponencial, a razón de menos de 40 libros entre 1950 y 1959 y más de 10.000 entre 2010 y 2018. Sin embargo, a pesar de este interés tan extendido, el concepto de identidad continúa siendo de difícil aprehensión, debido a que es complejo y multidimensional. Del mismo modo, las lenguas, que siempre han sido consideradas como marcas identitarias fundamentales, son también entidades abstractas y complejas que se realizan de manera concreta en dialectos, que son variables en múltiples dimensiones. ¿Cuáles son los vínculos entre nuestra identidad cultural y el uso de nuestra lengua? Mi propósito en esta disertación es plantear una reflexión crítica sobre la relación entre la identidad y la conducta lingüística, con motivo de esta nueva celebración del día del idioma. En este recorrido por los entresijos de la identidad y su relación con nuestra lengua me apoyaré, por supuesto, en referencias a autores, pero también, en ejemplos cotidianos y casos anecdóticos que espero sean de conocimiento general para ustedes. Confío en que sabrán perdonar que mi disertación

¹ Florian Coulmas, *Identity: A Very Short Introduction*, Oxford: Oxford University Press, 2019.

adolescencia del acento particular de quien se ha dedicado a analizar el lenguaje, principalmente, en su variación dialectal, social y situacional. “Pastelero a tus pasteles” o “zapatero a tus zapatos” como nos enseña con sabia moraleja el refranero de nuestra lengua.

Identidad: concepto y aproximaciones

¿Qué es la identidad? Comencemos con algunas precisiones con el auxilio del *Diccionario de la lengua española* de la RAE y la ASALE, es decir, “partamos por casa” como bien reza la conocida locución. Este diccionario consigna que “identidad” proviene del latín tardío *identitas*, derivado de *idem* ‘el mismo’, ‘lo mismo’ y, dentro de sus acepciones, aquellas pertinentes para nuestra disertación son la segunda y la tercera: “2) Conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás, 3) Conciencia que una persona o colectividad tiene de ser ella misma y distinta a las demás”². Lo que más nos debe llamar la atención de estas acepciones es que la identidad se define en términos de la dialéctica entre la similitud y la diferencia que, asimismo, es tanto individual como colectiva. La identidad es una conciencia de ser nosotros mismos y, además, un sentimiento de pertenencia a una determinada colectividad que, al mismo tiempo, nos aparta de otras agrupaciones. En eso consiste el fundamento de su complejidad: la identidad nos asimila a un “nosotros” al cual pertenecemos y, al mismo tiempo, nos distingue de los “otros” de los cuales no formamos parte. La consecuencia más relevante de la concepción dialéctica de la identidad radica en que la mejor manera en que podemos comprenderla es concebirla a partir del equilibrio entre el ser y el devenir hegelianos, entre lo que permanece constante y lo que evoluciona con el paso del tiempo. “Lo único constante es el cambio” nos enseñó Heráclito de modo tan trascendente que, con toda probabilidad, no exista ningún dominio de la realidad que escape a este principio. “Cuanto más cambian las cosas, más siguen siendo las mismas” reza, asimismo, el perspicaz epigrama que Jean-Baptiste Alphonse Karr, crítico, periodista y novelista francés, escribió en 1849 y que se aplica con pertinencia al problema de la dialéctica de la identidad. Llevado a un terreno más gráfico, solo como ejercicio retórico, pensemos en la imagen que proyectamos en un espejo: nos miramos reiteradamente en él, en distintas etapas de nuestra vida, con diferentes edades y, a pesar de los signos de

² Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid: Espasa, 2014, s. v. *identidad*.

envejecimiento, unos más notorios que otros, seguimos identificándonos como la misma persona. No somos precisamente los mismos, pero de todas maneras seguimos siéndolo. En definitiva, la identidad es lo que se mantiene constante en aquello que cambia de forma continua.

El concepto de identidad no es unívoco porque cada disciplina que lo aborda enfatiza solo alguna de sus dimensiones, de acuerdo con Coulmas, es decir, asignará prominencia a los componentes psicológico, social, político, cultural, lingüístico o literario por sobre el resto. No obstante, más allá de estas diferencias de enfoque, que son fácilmente comprensibles, pueden identificarse tres miradas principales sobre la identidad: esencialista, constructivista e interaccionista. Para el esencialismo, la identidad está determinada por rasgos fijos que no cambian de acuerdo con ningún parámetro porque son naturales e invariables. Para el constructivismo, la identidad está en constante cambio, por lo tanto, es completamente imposible hallar características esenciales. Para el interaccionismo, en la conformación de la identidad se combinan aspectos de ambas perspectivas, esencialista y constructivista, ya que esta se basa en ciertos rasgos fijos que pueden evolucionar dependiendo de cada contexto. Con los años ha primado un consenso que advierte los peligros del esencialismo cultural, debido a que proporciona una imagen distorsionada de la identidad que, además de inexacta, suele formar parte de la fundamentación ideológica de los nacionalismos radicales. El asunto es delicado pues no debemos olvidar que toda ideología política supremacista justifica la xenofobia y el racismo, en defensa de la “depuración” de su identidad nacional o étnica. En términos amplios, el esencialismo es la manifestación cultural de una ideología conservadora que aspira al reconocimiento de rasgos que conforman una identidad unitaria e indivisible que se caracterizan por ser, supuestamente, más antiguos o primitivos. Bajo esta premisa todo cambio cultural es visto como una amenaza a esa esencia que es urgente conservar. Sin embargo, es imposible negar la incidencia de los cambios culturales en la conformación de la identidad de cualquier colectividad. Estos cambios se deben al resultado de la natural evolución de las comunidades a lo largo de la historia y, muy especialmente, al contacto cultural entre diferentes agrupaciones que ha sido persistente durante la historia de la humanidad. Jorge Larraín, destacado sociólogo chileno, en su libro *Identidad chilena* de 2001 ha demostrado, fehacientemente, que los rasgos identitarios que se asumen como

característicamente “chilenos” tienen su origen en otros lugares³. La hibridación cultural que se verificó en Latinoamérica entre los componentes americano, europeo y africano fue particularmente intensa y sus consecuencias son profundas e innegables. Podemos sentirnos más identificados con alguna de estas herencias culturales, pero el resultado final es siempre una síntesis prodigiosa. Resulta, en consecuencia, más convincente suscribir una concepción interaccionista de la identidad. La identidad es múltiple y dinámica pues cambia con el tiempo, en todo lugar y en cada circunstancia, esto es, está en permanente construcción. Asimismo, la identidad la construimos en la interacción con los demás, por lo tanto, es un concepto relativo, es decir, la definición de nuestra identidad dependerá siempre de con qué o con quién nos comparemos. Es en el contraste con el otro en el cual nos identificamos o nos diferenciamos.

Las dimensiones lingüísticas de la identidad

Establecidas, pues, estas precisiones conceptuales previas, retornemos a la pregunta inicial que orienta mi disertación: ¿Cuáles son los vínculos entre nuestra identidad cultural y el uso de nuestra lengua? Es un hecho reconocido que el uso lingüístico es una marca identitaria fundamental, tanto en términos individuales como colectivos. Por lo tanto, conviene precisar cuál es la naturaleza de esta asociación.

Por un lado, en lo individual, toda persona dispone de una forma característica de hablar, al que se denomina “idiolecto”, que es fácilmente reconocible, que contempla una serie de rasgos particulares de pronunciación, gramática, léxico y discurso que son seleccionados de modo casi siempre inconsciente, aunque a veces pueda ser usado como recurso estratégico. El idiolecto corresponde a un modo de actuar que se complementa con otras formas de conducta personal como los gestos, los modales y la vestimenta y que definen el “estilo” de cada individuo. Recordemos que “persona” deriva de *personae* ‘máscara de actor’, por consiguiente, no es de extrañar que asociemos el desarrollo de la personalidad con la representación teatral de un personaje. Así lo hizo magistralmente Erving Goffman, sociólogo norteamericano, en su libro *La presentación de la persona en la vida cotidiana* de

³ Jorge Larraín, *Identidad chilena*, Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2001.

1959, quien -en un intento por comprender la manera en que los individuos interactuamos socialmente en nuestra vida diaria- recurrió a constructos de la dramaturgia y la teoría narrativa⁴. Desde el punto de vista microsociológico, según Goffman, las personas nos comportamos como actores que desempeñamos diferentes papeles o roles sociales, mediante los cuales construimos un *self* o “yo” y reclamamos una *face* o “imagen pública”, que deseamos que no sea puesta en entredicho. Como es sabido, la construcción de un “yo” es fundamental para la psiquiatría, de manera que la pérdida de este centro autoconsciente e intersubjetivo nos puede llevar a perder la razón, por más que el enfoque de la llamada “antipsiquiatría” lo relativice. Entre los recursos lingüísticos de identificación personal, destaca la forma en como somos llamados por los demás, es decir, nuestro nombre propio, además de los apodos e hipocorísticos con los que suelen dirigirse a nosotros. Asimismo, nuestra identidad personal la construimos mediante nuestros relatos de vida en los que es muy común que nos representemos, de manera favorable, como víctimas o, mejor aún, como héroes, en un esfuerzo por proyectar una imagen positiva de nosotros. William Labov, importantísimo sociolingüista estadounidense, define la narración de experiencia personal como “un modo de recapitular una experiencia del pasado mediante una secuencia discursiva en el presente”⁵. Son nuestras narraciones en la forma de experiencias de vida y de anécdotas las que mejor definen nuestra identidad personal.

Lo que ocurre en la dinámica que se despliega en los relatos cotidianos, como no podría ser de otra forma, es coincidente con la manera en que se construye la narración literaria. Así, un recurso de la creación literaria puede ser confundir a la persona con el personaje. *El Quijote* es un ejemplo magistral de como una persona, Alonso Quijano, construye un personaje, don Quijote, mediante su discurso. “Yo sé quién soy” declara con firmeza el Quijote en medio de su delirio. Esta declaración ha llamado la atención de más de un especialista en la obra de Cervantes. Santiago López Navia, connotado escritor y cervantista español, analiza elocuentemente esta dualidad entre la identidad real y la identidad literaria en *El Quijote*, en términos de lo que él denomina “la voluntad irrenunciable de ser literariamente otro”⁶. La escena que contextualiza la declaración del hidalgo manchego es reconocible. Tras ser

⁴ Erving Goffman, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires: Amorrortu, 2001 [1959].

⁵ William Labov, *Language in the inner city: studies in the black English vernacular*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1972, pp. 359-360.

⁶ Santiago López Navia, “Yo sé quién soy”. Reflexiones sobre la identidad literaria de Don Quijote, *Mapocho*, Número 57, 2005, pp. 35-53.

apaleado por el mozo de las mulas de los mercaderes se reporta el siguiente diálogo entre don Quijote y su vecino:

“-Mire vuestra merced, señor, pecador de mí, que yo no soy don Rodrigo de Narváez, ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana.

-Yo sé quién soy -respondió don Quijote-, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce pares de Francia y aún todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías”.

En tanto heredero de la tradición caballerescas del Amadís de Gaula y de Tirante el Blanco, el procedimiento principal que emplea don Quijote para construir su relato consiste en nombrarse a sí mismo y al resto de los personajes de la novela de un modo alternativo, seleccionando denominaciones consistentes con los libros de caballería, cuya lectura lo han sacado de sus cabales. Él mismo es, además de “don Quijote”, el “Caballero de la triste figura” y el “Caballero de los leones”, su maltrecho caballo es “Rocinante”, su bien amada es “Dulcinea del Toboso”, Sansón Carrasco es el “Caballero de los espejos” y el “Caballero de la blanca luna”, por solo nombrar algunos personajes.

Por otro lado, en lo colectivo, toda persona se reconoce como hablante, al menos, de una “lengua” y un “dialecto”, aunque sabido es que la distinción entre ambos conceptos no está exenta de dificultades por lo que ha sido sometida a debate, debido a la determinación de factores sociopolíticos, además de las actitudes de los hablantes. La misma relación dialéctica entre la igualdad y la diferenciación que describimos, anteriormente, para la identidad se verifica en la lengua, puesto que ambas son realidades históricas y, por lo tanto, están sujetas a cambio permanente. “Las lenguas cambian porque funcionan y al funcionar cambian”, insistía el gran lingüista rumano Eugenio Coseriu, lo que debemos temer es que las lenguas no cambien porque eso puede ser una señal de que están en proceso de extinguirse⁷. De hecho, esta es la mejor refutación para descartar la ideología conservadora de quienes asumen una actitud recalcitrante, poco tolerante ante las naturales variaciones en una lengua, algunas de las cuales pueden llegar a transformarse en cambios. La lengua no es más que una abstracción que construimos por medio de la comparación entre dialectos diferentes que identificamos,

⁷ Eugenio Coseriu, *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*, Madrid: Gredos, 1978.

basados en sus semejanzas, en su “aire de familia”, como variedades geográficas de una misma lengua. En esto radica la dialéctica entre la unidad y la variación, entre la igualdad y la diferenciación. Los dialectos son, en realidad, las modalidades concretas en las que se habla una lengua, como bien nos enseñó el lingüista de origen alemán Rodolfo Lenz y, en tanto concreciones, manifiestan diferencias en el habla que se dan en todos los aspectos de una lengua: pronunciación, gramática, léxico y discurso. Estas variaciones consisten en “dos o más formas diferentes de decir la misma cosa”, según Labov, para quien la lengua es “ordenadamente heterogénea”⁸. Asimismo, la variación geográfica que se manifiesta en los dialectos también se verifica en otros tipos de variedad lingüística, es decir, en maneras de hablar de grupos diferenciados, según factores como el género, la edad y la adscripción social de los hablantes. Todas son manifestaciones igualmente legítimas de la variación en una lengua que se vinculan con identidades grupales distintas que conforman, a su vez, diferentes comunidades de habla dentro de una misma comunidad lingüística.

El sentido de pertenencia que caracteriza a la identidad lingüística colectiva nos provoca sentimientos de especial afecto, de particular cercanía hacia nuestra “lengua materna” y nuestro “dialecto vernáculo”, que adquirimos en el seno familiar, durante la primera infancia y hasta la preadolescencia. “Materno” y “vernáculo” son, de hecho, imágenes poderosas porque apelan al sentido de lo propio y lo nativo, de aquello que nos identifica y nos distingue, por excelencia. No existe ninguna prueba más evidente de este sentido de cercanía hacia nuestra habla materna o vernácula que el exponernos a una situación en que escuchamos hablar a otras personas en otra lengua o en otro dialecto. Ese efecto de extrañamiento que, más allá de provocar fallos en la comunicación, que -aunque pudiera haberlos- se pueden resolver fácilmente y con buena voluntad, nos dispone en una operación de continuo contraste. Mientras más nos exponemos a las diferencias en el habla, más se asienta nuestra propia identidad lingüística y nuestra conciencia de estas variaciones que, paulatinamente, incorporamos en nuestra competencia pragmática para usar la lengua con eficacia. En tiempos remotos, las situaciones de contacto lingüístico y dialectal eran más difíciles de vivir, debido al casi nulo o escaso desarrollo de las comunicaciones. En la Edad Media, por ejemplo, las personas tenían mayores probabilidades de vivir recluidas en sus propias comunidades sin entrar en contacto con otras culturas y, por extensión, otras maneras

⁸ William Labov, *Sociolinguistic Patterns*, Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1972.

de hablar, salvo notables excepciones. Con posterioridad, en diferentes oleadas de globalización, sobre todo, propiciadas por el colonialismo europeo en diferentes continentes, la expansión territorial de estas naciones y la inmigración se hicieron cada vez más comunes. En la actualidad, las situaciones de contacto lingüístico y dialectal son particularmente intensas, en especial, gracias a la comunicación electrónica mediante internet, pero también debido a la amplia extensión de los procesos inmigratorios, así como a las facilidades para viajar a distintos lugares, con distintos propósitos.

Quizás, uno de los ejemplos de diferenciación dialectal en la pronunciación más antiguos sea el relato bíblico sobre la palabra hebrea *šibbóleth*, cuyo significado es ‘espiga’ o ‘torrente’. Esta palabra aparece en una historia del *Antiguo testamento* en la que su pronunciación fue utilizada como método por los habitantes de Galaad para reconocer a los miembros de la tribu de Efraím, luego de la derrota que los primeros les infringieran a los segundos, en los vados del río Jordán, alrededor del 1370 a 1070 a. C. Sucede que en el dialecto semítico de los galaaditas existía el sonido fricativo /ʃ/, mientras que el de los efraimitas no lo incluía por lo que lo cambiaban por una sibilante /s/. El *Libro de los jueces*, capítulo 12, versículos 4 a 6, señala:

“4. Y los galaaditas tomaron los vados del río Jordán a Efraím, y cuando alguno de los de Efraím que había huido decía: “¿Pasaré?”. Los de Galaad le preguntaban: “¿Eres tú efrateo?”. Si él respondía “no”, entonces le decían: “Pues di “*shiboleth*””. / 5. Y él decía “*siboleth*”, porque no podía pronunciar aquella suerte. / 6. Entonces le echaban mano y le degollaban. Y así murieron cuarenta y dos mil de los de Efraím”.

Método sangriento, pero efectivo el que describe esta historia: ¡42.000 muertos! No obstante, uno se pregunta ¿cómo los efrateos no se dieron cuenta antes de la triquiñuela de los galaaditas? Quizás, lo que mejor define una leyenda es su condición de relato fantástico. De esta historia deriva la palabra inglesa *shibboleth* que significa ‘santo y seña’ y que los sociolingüistas empleamos para designar cualquier palabra o frase que se utilice para distinguir a los miembros de un grupo de aquellos que no lo son, así como el empleo de una jerga que nos identifique como integrantes de una subcultura particular.

Un ejemplo claro de las diferencias dialectales en el léxico lo encontramos en una reciente anécdota que dio bastante que hablar en las redes sociales. En marzo de 2023, el famoso actor

de origen chileno, Pedro Pascal, degustó junto al también conocido director y actor estadounidense, Jon Favreau, distintos productos alimenticios tradicionales de Chile y Estados Unidos, en una especie de duelo o desafío, en el segmento “Snack Wars” del canal digital británico “LAD Bible TV”. Cuando les sirvieron una porción de pan que en Chile llamamos “marraqueta” y un enigmático recipiente sellado, Pascal procedió a abrirlo preguntándose qué era. Frente a la insistencia de una asistente de producción del segmento que señalaba que era “avocado”, Pascal señaló tajante: “Es palta”. Este vídeo abrió un intenso debate en las redes sociales, sobre la adecuación de los términos “palta”, “aguacate” o “avocado” y, ante las insistentes consultas de los cibernautas, la RAE, mediante su cuenta de Twitter, informó que con respecto a la denominación de este producto: “La forma mayoritaria es “aguacate”, pero también se emplean “palta” y “avocado” en determinados países de América, y “pagua” / “pahua” para una variedad concreta”. Fue sorprendente el encono de la discusión posterior a la publicación de este video, que atrincheró a hablantes de diferentes dialectos en posturas casi irreconciliables, aunque la interacción por Twitter suele ser un medio propicio para este tipo de enfrentamientos. Lo cierto es que los sinónimos existen y es, por completo, natural y conveniente que llamemos de formas diferente a las mismas cosas, pues la alternativas léxicas son parte fundamental de nuestra riqueza cultural.

Del mismo modo, otros ejemplos de diferencias dialectales las encontramos también en la forma particular en que los hablantes de diferentes variedades regionales construimos nuestros discursos, en particular, mediante la oralidad. Los marcadores del discurso, que corresponden a lo que popularmente se conoce como “muletillas”, son un caso interesante. En términos simples, consisten en palabras, frases o interjecciones que se han fijado en el uso de una lengua para asumir un significado pragmático asociado con las instrucciones de interpretación de los enunciados que un hablante deja a su interlocutor. Por ejemplo, en todas las lenguas existen preguntas finales que permiten confirmar que nuestro oyente comprende lo que estamos diciendo, las que algunos autores denominan “apéndices comprobativos”. *¿No?* y *¿entiendes?* son apéndices comprobativos de extensión más panhispánica, es decir, se usan en la mayoría de los dialectos del español, pero otros tienen un uso más localizado: *¿sabes?* se usa más en España, *¿verdad?* en México, *¿viste?* en Mar del Plata y *¿cachái?* en Chile, por ejemplo. Además, en los dialectos de España los marcadores derivados de verbos de movimiento como *vamos* y *venga* son muy comunes, pero no lo son en los dialectos del español de América. Son casos de fijación de expresiones en el uso con una función

comunicativa particular, por ello cuando se las emplea nadie se pregunta en España “¿adónde vamos?” ni “¿adónde he de venir?” Entre los marcadores que derivan de verbos de percepción, a su vez, tienen una extensión más panhispánica *mira* y *oye*. Tampoco se nos ocurriría preguntar “¿dónde miro?” o “¿qué oigo?” al escucharlos, solo nos disponemos a poner atención en lo que nos explicarán a continuación. Sin embargo, algunas derivaciones de este tipo de marcador adquieren funciones más particulares en ciertos dialectos del español. Por ejemplo, *mira tú* o *mish* en el dialecto chileno asumen valores de lo que se denomina “miratividad”, esto es, sirven para que los hablantes comuniquen su admiración ante lo que les acaban de decir. Los actos de habla también sirven para ilustrar estas diferencias dialectales de carácter pragmático, en particular, el agradecimiento, que se realiza de modos diferentes dependiendo de cada caso. En el español de Chile existe un agradecimiento ritualizado que se aplica a cualquier acción que involucre un intercambio de servicios, parecido a como se usa en inglés. En otros dialectos, en cambio, se agradecen solo auténticos favores, es decir, acciones que estén más allá del cumplimiento de las obligaciones del interlocutor. Para todo intercambio de servicios en Chile la expectativa es decir “gracias”, lo que puede causar extrañeza en hablantes españoles y argentinos, por ejemplo.

Es importante enfatizar que la identidad ocupa un lugar primordial en la explicación de la variación social en una lengua, también en grupos de personas más acotados que las comunidades de habla. Así lo demuestra Penelope Eckert, destacada sociolingüista estadounidense, quien asume una perspectiva crítica de la historia de la sociolingüística, según la cual existen tres olas en su desarrollo⁹. La primera ola corresponde al denominado “Paradigma estratificacional”, es decir, los estudios fundacionales que describen la estratificación de las variantes lingüísticas. Las variantes normativas se vinculan con grupos sociales de mayor prestigio social, económico y cultural. La variación de estilo está condicionada por el nivel de atención que la persona presta a su discurso, según un continuo desde el estilo formal (más planificado) hasta el estilo informal (más espontáneo). La segunda ola consiste en la “Teoría del vernáculo”, esto es, las investigaciones que se centran en el vernáculo como variedad lingüística que permite reforzar la identidad social de la persona. Los hablantes emplean determinadas variantes de una lengua para transmitir una imagen

⁹ Penelope Eckert, *Meaning and Linguistic variation. The Third Wave in Sociolinguistics*, Cambridge: Cambridge University Press, 2018.

social. Si algunas de esas variantes se vinculan con grupos sociales o procedencias geográficas, en particular, las personas las emplean para señalar su pertenencia a dichos grupos o lugares. La tercera ola corresponde a la “Sociolingüística de la identidad”, es decir, las indagaciones que comprenden la variación misma como un sistema que les permite a las personas construir su identidad. El hablante elige de manera consciente las variantes lingüísticas que se adecuan a la imagen de sí mismo que desea proyectar. El concepto de estilo, en términos del nivel de atención que presta la persona a su discurso, cambia hacia la noción de estilo como recurso creativo de expresión de su identidad social. Por lo tanto, la elección de las variantes constituye un modo de construir y comunicar contenidos. La sociolingüística de la identidad de Eckert supone un avance notable en la elaboración de un modelo de mayor realismo sociológico, en que las variables sociales se conciben de modo más flexible y menos determinante, así como en mutua interacción. Por supuesto, la identificación de las tres olas no supone un divorcio absoluto entre ellas, puesto que se trata de enfoques diferentes no contradictorios. La misma autora ha reconocido el influjo en su propuesta del trabajo clásico de Labov sobre la variación de los diptongos en el inglés hablado en Martha’s Vineyard, en el que ya se intuye la relevancia del factor identitario en la conducta verbal de las personas¹⁰. En este trabajo Labov comprobó que las actitudes de los habitantes de esta isla, que es un característico lugar de veraneo en Estados Unidos, eran determinantes en una mayor centralización de los diptongos puesto que consistía en un medio de autoidentificarse como residentes autóctonos de la isla por oposición a los veraneantes foráneos.

Eckert desarrolla el concepto de “campo indexical” para referirse al empleo de recursos verbales que funcionan como índices en la construcción de la identidad de las personas, es decir, para marcar su pertenencia a determinados grupos sociales. Consecuentemente, adopta la noción de “comunidad de práctica”, proveniente de la antropología y la teoría educacional, que consiste en un grupo de personas que comparte objetivos e interactúan de modo regular, por lo tanto, asumen un conjunto de prácticas comunes, es decir, un mismo estilo de habla, sistema de creencias y valores, así como una dinámica de poder compartida. Ejemplos de comunidades de práctica son: feligreses de una parroquia, jugadores de un club deportivo, docentes de un colegio, admiradores de un grupo musical, colegas de un trabajo, entre

¹⁰ William Labov, The Social Motivation of a Sound Change, *Word*, 19/3, 1963, pp. 273–309.

muchas otras. La identidad de cada persona dependerá de su inclusión y participación en varias comunidades de práctica que están determinadas por el contexto y la combinación de factores sociales como el género, la edad y el grupo socioeconómico de los participantes. Las comunidades de práctica desempeñan un papel importante en la formación de la identidad mediante el lenguaje, puesto que, a través de rasgos comunes en el uso lingüístico, las identidades se construyen, de forma cooperativa. De este modo, el empleo de ciertas variantes en la pronunciación, la gramática, el léxico y el discurso son recursos de las personas para negociar su identidad y las relaciones de poder dentro y entre las comunidades de práctica. Eckert aplica esta perspectiva para describir el habla de grupos de jóvenes adolescentes y para analizar la construcción lingüística de la identidad de género. En un estudio realizado en la década de 1980 en escuelas secundarias de los suburbios de Detroit, identificó dos perfiles identitarios de adolescentes: los *jocks* o “deportistas” y los *burnouts* o “agotados”¹¹. Los deportistas encarnan los valores de la clase media y cumplen con la normativa escolar, como preludeo de su ingreso a empresas corporativas. Los agotados, en cambio, representan la cultura de la clase trabajadora y se resisten a dicha normativa, actitud concordante con su futura inclusión en trabajos mal remunerados. Estas diferencias socioculturales se proyectan en la pronunciación de la interjección o pausa llena *uh* en el discurso de estos adolescentes. Además, según Eckert, los hallazgos sociolingüísticos sobre las diferencias de género que no consideran factores contextuales ni diferencias entre las comunidades de prácticas deben mirarse con cautela. Enfatiza que el género no actúa de modo independiente, sino que interseccional, junto con otros factores como la edad, la clase social y el origen étnico de la persona. Por ejemplo, el tono ascendente en inglés y las preguntas confirmatorias como *you now*, que tradicionalmente se han considerado como rasgos de subordinación del habla femenina en interacciones mixtas, se utilizan para afirmar el dominio y el poder en los intercambios entre mujeres. Por desgracia, este interesante enfoque de la sociolingüística no ha contado con aplicaciones sistemáticas a la lengua española, en la que el mayor desarrollo de esta interdisciplina se ha circunscrito a estudios que podríamos clasificar, en lo principal, dentro de la primera ola y, de modo secundario, en la segunda.

¹¹ Penelope Eckert, *Jocks and Burnouts: Social Categories and Identity in the High School*. New York: Teachers College Press, 1989.

La dimensión política de la identidad lingüística

Existe, por otra parte, una clara relación entre la identidad, la ideología y el poder político. Símbolos como los himnos, las banderas, los escudos y otras representaciones cumplen el cometido de dar cohesión o unidad a un pueblo y una nación. Este hecho también toca a la lengua y el importantísimo papel que desempeña en la construcción de los estados nacionales. No se puede soslayar la asociación entre la identidad, la lengua, la ideología y la política, ni “barrer bajo la alfombra” los conflictos que puedan derivarse de ella: “al pan, pan y al vino, vino”, por más ronchas que saque decir las cosas como son. Francisco Moreno Fernández, destacado sociolingüista español, miembro de número de la ANLE y correspondiente de esta Academia y de la RAE, aborda la relación entre la identidad y la lengua en su libro de 2020, *La lengua y el sueño de la identidad*, con un énfasis particular en la dimensión sociopolítica de dicho vínculo¹². Para ello se basa en la obra del conocido politólogo estadounidense, Francis Fukuyama, *Identidad. La demanda por la identidad y las políticas del resentimiento*, publicado en inglés en 2018, que le ha servido para responder las críticas a su hipótesis del fin de la historia que ha sido muy debatida desde la década de 1990¹³. Fukuyama se basa en el concepto griego de *thymós* ‘alma’, ‘espíritu’, en términos colectivos y no individuales como el de *psyché*, para proponer que la motivación principal de los procesos históricos, en la edad contemporánea, radica en la búsqueda de reconocimiento social, de autoestima, por parte de grupos de personas que no se sienten valorados socialmente con la misma igualdad. De ahí la relevancia actual de las políticas de igualdad de la dignidad de comunidades desplazadas o minorías cuyas identidades no han recibido el merecido reconocimiento o *thymós*, es decir, no cuentan con los mismos derechos, ni con la misma visibilidad pública. Nos encontramos, entonces, frente a una multiplicidad de reivindicaciones políticas de agrupaciones con identidades diversas, según su origen geográfico, su género, su origen étnico, su perfil sociocultural, su lengua o su dialecto, su ideología política, sus creencias religiosas y un largo etcétera. Como es obvio, las reivindicaciones de la igualdad de la dignidad social de las comunidades oprimidas no son el problema, pues la indignación es un derecho que dinamiza el cambio social. El conflicto surge del aprovechamiento político que algunos líderes o gobiernos de tinte populista, tanto de ideologías de derecha como de

¹² Francisco Moreno Fernández, *La lengua y el sueño de la identidad*, Canterano: Aracne Editrice, 2020.

¹³ Francis Fukuyama, *Identidad. La demanda por la identidad y las políticas del resentimiento*, Barcelona: Editorial Deusto, 2019 [2018].

izquierda, puedan hacer de estos sentimientos de legítima indignación. De ese modo, la búsqueda de dignidad de la identidad puede confluir hacia políticas del resentimiento, esto es, hacia posturas más radicales, menos tolerantes que excluyan a los demás, sin posibilidad de conciliación. El llamado de Fukuyama es tratar de dirigir la política de la identidad hacia mecanismos más amplios de respeto mutuo por la dignidad de los demás, que permitan que las democracias liberales funcionen de mejor manera.

Todo lo que acabo de reseñar puede proyectarse a la dimensión política de la identidad lingüística. En palabras de Moreno Fernández: “La demanda de dignidad y de políticas de igualdad identitaria se hace presente tanto en el nivel sociopolítico como en el sociolingüístico”¹⁴. Por una parte, son incuestionables las nefastas consecuencias del colonialismo lingüístico que ha ocasionado la extinción, cada vez más acelerada, de muchas lenguas alrededor del mundo. De este modo, hay lenguas mayores con gran cantidad de hablantes que consumen lenguas menores con escaso número de ellos, en procesos de asimilación o pérdida que han sido descritos como “glotofagia” por el lingüista francés Jean Louis Calvet. Este hecho no es baladí, ya que la extinción de cualquier lengua es una pérdida irreparable para la especie humana, en su conjunto, porque toda lengua es igualmente valiosa en tanto manifestación histórico-cultural de la misma facultad universal de lenguaje. Por otro lado, la instrumentalización política de las lenguas como medios de cohesión de los estados nacionales ha conducido a la necesidad de estandarizarlas, es decir, de codificar una norma estándar común. Puesto que se trata de lenguas con una amplia difusión territorial, se ha justificado la estandarización como una manera de asegurar la intercomprensión de los hablantes por sobre las diferencias de sus respectivos dialectos regionales o hablas locales. De hecho, los sociolingüistas británicos Lesley Milroy y James Milroy han advertido que la estandarización correspondería a una forma de “ideología” que justifica la idoneidad de la lengua estándar y concibe las variaciones dialectales como “desviaciones”, con base en los beneficios de contar con un medio de comunicación compartido. Esta línea argumentativa ha confluído a la instalación de enfoques analíticos que abordan la relación entre la ideología política y el lenguaje denominados “Gltopolítica” y “Sociolingüística crítica”. Es importante reconocer que algunos exponentes de dichos enfoques miran con sospecha el trabajo de las academias reunidas en la ASALE y, en particular, de la RAE y del Instituto

¹⁴ Francisco Moreno Fernández, *La lengua y el sueño de la identidad*, p. 21.

Cervantes, que consideran medios de expresión de un supuesto “neocolonialismo español”. Moreno Fernández se hace cargo de responder dichas críticas, para lo cual enfatiza que no existen datos empíricos que demuestren que existe una subordinación política de corte colonialista, así como destaca que se trata de análisis que, en sí mismos, están sesgados ideológicamente. Finalmente, el crecimiento de algunas lenguas a nivel internacional, como ocurre con el inglés y el español, acentúa el conflicto entre estas lenguas y las de las minorías, en el complejo contexto de la globalización actual. Esto se traduce en una clara tensión entre lo local y lo global, con respecto a la cual Moreno Fernández señala:

“¿Es posible conjugar las aspiraciones de reconocimiento de lo particular con el deseo de integración en lo general? El valor de las mayorías no debería ser incompatible con la dignidad de las minorías. Las identidades, de igual modo que pueden desintegrar, también integran [...] Es la identidad común, expresada a través de elementos lingüísticos comunes, la que posibilita la comunicación. Cuando se afirma que las lenguas internacionales no son seña de identidad para nadie por ser multiétnicas, no se tiene en cuenta lo contrario: que las lenguas internacionales, precisamente por ser multiétnicas, son seña de identidad para muchos”¹⁵.

Epílogo

Para concluir, nuestra identidad lingüística es múltiple y dinámica, debido a que se construye en cada situación, en términos relativos, dependiendo de las características de nuestro interlocutor, por lo tanto, pertenecemos a distintos tipos de “comunidad”, según diferentes niveles de abstracción. Si se trata de un hablante de otra lengua, reforzamos nuestra pertenencia a una misma comunidad lingüística. Si se trata de un hablante de otro dialecto o habla grupal, reafirmamos nuestra inclusión en una comunidad de habla particular. Si se trata de una persona con intereses, valores y preferencias diferentes y con quien no interactuamos de modo frecuente, confirmamos nuestra identificación con una determinada comunidad de práctica. Por otro lado, debido a que la situación de contacto entre las lenguas es universal, como consecuencia del colonialismo europeo de siglos anteriores, así como de los continuos

¹⁵ Francisco Moreno Fernández, *La lengua y el sueño de la identidad*, p. 94.

procesos inmigratorios en la historia o de la actual globalización de las comunicaciones, en toda lengua se verifica una determinada tensión entre elementos que son identificados como “propios” y otros como “foráneos”. Sin embargo, dicha tensión solo es aparente porque el sincretismo cultural, en términos de hibridación entre culturas diversas, es lo que explica el origen de cualquier lengua y cultura. En este sentido, la lengua española no sería la misma que es hoy sin el influjo de otras lenguas con las que ha mantenido contacto a lo largo de su dilatada historia, en su amplia extensión geográfica. Los indigenismos, los afronegrismos y los extranjerismos han enriquecido el patrimonio lingüístico de nuestra lengua, por consiguiente, la oposición entre lo propio y lo foráneo es relativa. Como ha insistido en varias oportunidades nuestro querido director honorario, Alfredo Matus, el patrimonio de nuestra lengua es plural porque responde al principio coseriano de la unidad en la diversidad y la diversidad en la unidad¹⁶. Lo uno y lo diverso, a través del sistema y del uso de la lengua, definen lo que es nuestra identidad lingüística.

Por desgracia, en la actualidad, en ciertas corrientes de pensamiento autodenominadas como “críticas”, nos enfrentamos a posturas más radicales que responden, en cierta medida, a un aprovechamiento político de la identidad lingüística. Existe, en este sentido, una manera poco mesurada y racional de entender la inclusividad y la multiculturalidad. ¿Incluir y reconocer en su dignidad nuestras culturas americanas que han sido históricamente postergadas y oprimidas implica, necesariamente, desconocer nuestra herencia hispánica europea? ¿Cómo podríamos llegar a un equilibrio que incluya los diversos componentes de nuestra identidad cultural y lingüística con legítima igualdad en su dignidad? El español, además, está en una situación de ventajoso dominio en relación con las lenguas indígenas en Latinoamérica, pero no lo está para nada con respecto al inglés en Estados Unidos. Nuevamente, todo depende de la perspectiva y del punto de comparación. Evidentemente, este es un problema de lingüística política que trasciende hacia la política lingüística. El estatus plurinacional de la lengua española determinó que se produjeran cambios notables en las academias de la ASALE y su relación con la RAE, en los últimos decenios. Hoy, afortunadamente, se ha superado esa visión esencialista tradicional que predominó hasta bien entrado el siglo XX y que centraba el proceso de estandarización solo en el uso del español peninsular. En la actualidad, la

¹⁶ Alfredo Matus, El español, patrimonio plurinacional y multiétnico, en Alfredo Matus y Mario Andrés Salazar editores, *La lengua, un patrimonio cultural plural*, Santiago: LOM Ediciones, 1998.

política idiomática asumida por la ASALE es panhispánica y pluricéntrica, es decir, se basa en el uso de la lengua española tanto en Europa como en América. Por supuesto, queda mucho por avanzar todavía hacia una mejor coordinación y un mayor reconocimiento de las tareas de las academias para el mejor cumplimiento de su misión institucional, con criterios lingüísticos cada vez más precisos y con la inestimable asistencia de herramientas tecnológicas más actualizadas. No obstante, a pesar de los notables avances alcanzados, continuamos enfrentándonos a la incomprensión de algunos que, injustamente, caracterizan la labor de las academias como una amenaza a la diversidad lingüística y cultural. Incluso, circulan algunas críticas a la elección del 23 de abril como la fecha de celebración del día del idioma por ser la conmemoración del fallecimiento de Cervantes, un escritor español y no americano, lo que sería una evidencia de un supuesto “neocolonialismo”. Sin embargo, lo hispánico trasciende un solo país, se perfecciona con lo americano y llega a una síntesis de lo que es el ser hispanoamericano. Cervantes, por lo demás, junto con Shakespeare y Dante son escritores universales, por lo que le pertenecen a la humanidad en su conjunto, no son patrimonio cultural exclusivo de un país o de una nación específica.